

## GLOSARIO DE REVISTAS

### Recuerdos de Schubert

Camille Bellaigue, en el número de la *Revue des Deux Mondes* del 15 de Noviembre de 1928, escribe:

«En tres días se cumplirá un siglo de la muerte de Schubert. Breve, pobre y atormentada fué su vida. No encontró alegría y consuelo sino en la música, la amistad y la naturaleza. Su genio mismo no le valió sino éxitos precarios y una fama limitada y tardía, la vecindad más que la presencia de la gloria».

Cuenta el escritor la iniciación del joven Franz. De niño comenzó a aprender piano y violín en lecciones dadas por su padre y uno de sus hermanos. El padre, modesto maestro de escuela, jefe de una familia numerosa, gustaba de organizar pequeños conciertos en los que pronto el niño empezó a tomar parte. En una ocasión, Franz se permitió observar: «Padre: aquí debe haber algún error». Era en uno de los conciertos que se celebraban en el hogar y, en realidad, el padre, que

tocaba el violoncello, se había equivocado. Pronto el padre, el hermano y otros profesores renunciaron a seguir haciendo clases a Franz, convencidos de que nada tenían que enseñarle. Como el rapsoda homérico, comenta Bellaigue, Schubert hubiera podido decir: «No he tenido maestro. Un dios ha puesto en mi corazón las canciones que canto». Pero en el padre de Schubert el *magister* dominaba al artista, y el joven, tras una violenta ruptura, debía abandonar el hogar para consagrarse por entero a la música. Sólo a los quince años de edad regresaba el joven Franz a obtener, en el lecho de muerte, el perdón de su madre. Pero otro choque debía sobrevenir entre padre e hijo y, triunfante otra vez la música, Franz debía alejarse por segunda vez del hogar».

Dice el comentador: «Vivió pobre y no poseyó sino muy tarde el dinero suficiente para comprarse un piano. Modesto, pero celoso de su independencia, era por lo mismo incapaz,

no sólo de la intriga, sino de toda tentativa para asegurar su existencia. Timido y feo, de maneras torpes, apenas se atrevió a amar. No se casó. Una vez estuvo a punto de caer en tentación. Tenía veinte años. Había conocido una familia de músicos, los Grob. El padre era maestro de escuela. La niña de la casa, la joven Teresa, era, escribe Schubert, «un poco más joven que yo y cantaba admirablemente, con un sentimiento profundo, los solos de la misa compuesta por mí. No era bella, su cara conservaba las huellas de una viruela reciente, pero era buena, cordialmente buena. Esperé durante tres años que me casara con ella pero no tuve nunca una situación que bastara a satisfacer nuestras necesidades. Entonces, obedeciendo a sus padres, se casó con otro, llenándome de dolor. La quiero siempre y después de ella ninguna mujer ha podido agradarme tanto. Hay que creer que no me estaba destinada». Confesémoslo: en su sencillez, la modestia de esta confesión recuerda más la melancolía de la *Bella Molinera* que la desesperación del *Viaje de invierno*.

Veamos cómo el artista sentía la amistad: «El sentimiento más vivo y profundo de Schubert fué la amistad. Sus amigos fueron numerosos y leales, fieles a su genio como a su pobreza y sus desgracias. Eran en su

mayoría poetas y músicos: Spaun, Schober, Senn, Bauernfeld, Lachner, Mayrhofer. Entre sus compañeros y él todo era común: la bolsa y la vida; algunas veces la pieza, ¡y qué pieza! «Jamás—escribe uno de ellos, Mayrhofer, hablando de su propia habitación que compartía entonces con Schubert—, jamás olvidaré las horas pasadas en esa pobre bohardilla de techo inclinado. Teníamos un pésimo piano, una pobre biblioteca, un mobiliario miserable, una luz insuficiente. Y, sin embargo, he pasado allí las horas más felices de mi vida. Lo mismo que la primavera alegra la tierra llenándola de savia y sangre, la facultad creadora de mi amigo alegraba y consolaba a los hombres. La casualidad, el amor a la música y a la poesía soldaron nuestra amistad. Mientras yo escribía, él cantaba».

El sentimiento de la naturaleza: «Tanto en los escritos de Schubert como en sus *lieder* los paisajes abundan. Ama el campo de Viena que también Grillparzer ha descrito y celebrado con amor. Dos viajes por la Alta Austria produjeron en él un verdadero encantamiento. Dos veces también los Esterhazy lo invitaron a pasar una temporada en su propiedad de Zelesz. Por cierto lo recibieron no como un huésped sino como un maestro de música para sus hijos, mas bien

como un sirviente porque, al igual de Haydn y Mozart, debía llevar librea. Pero el espectáculo de la naturaleza lo consolaba y lo apartaba de esta humillación.

Beethoven era su admiración más grande y el anhelo de su vida era conocerlo y ser su amigo. Bien se hubiera entendido el autor de las *Sinfonías* con quien escribía: «Mis obras son los hijos de mi inteligencia y mi dolor; el mundo parece gozar más con las que ha creado sólo mi dolor.»

Una carta escrita desde el hospital a un amigo: «En una palabra, me sé el hombre más desgraciado del mundo. Figúrate un hombre que no recuperará nunca su salud y que, por la pena que esto le causa, empeora; figúrate un hombre cuyas más brillantes esperanzas han sido reducidas a la nada, a quien el amor y la amistad no dan sino amargura, a quien el entusiasmo—al menos ese que sostiene y exalta—y el sentido de lo bello abandonan, y pregúntate si ese hombre no es un desgraciado y un miserable. Me pesa el corazón, la paz se aleja de mí: he aquí lo que puedo decir porque cada noche espero un sueño sin despertar y cada mañana me trae como aguinaldo las penas de la vispera.»

### La enseñanza de la historia y el espíritu de paz

En el número de Octubre de 1928 de *L'Esprit International* de París, A. Albert-Petit habla sobre la enseñanza de la historia y sus relaciones, que estima decisivas, con un espíritu de mayor comprensión y cooperación internacionales.

Comienza apartando los temas que pudieran sembrar dificultades en el camino y escribe: «La alianza, la cooperación intelectual son fáciles y secundas en materia científica. Pero la historia, ¿es una ciencia? No lo es, en el sentido riguroso de la palabra. Sus resultados no se imponen como verdades demostradas y demostrables. La historia es un conjunto de conocimientos sin los cuales una «tête bien faite», como decía Montaigne, no puede vivir. Sin ella, la cultura general carece de una base positiva. Pero no tiene el carácter abstracto de las ciencias matemáticas ni el carácter experimental de las ciencias físicas y naturales. La historia nos forma pero nosotros también la formamos. La hacemos a nuestra imagen y semejanza. No es una disciplina impersonal. Al escribirla, la teñimos de nuestro carácter individual y nacional. Nos abre el espíritu pero nuestro espíritu, a